

Se ha dicho, con poquísimos acierto, que la elocuencia de Demóstenes habría sido mejor para Roma, y la de Ciceron para Atenas. Estos dos grandes hombres no ignoraban que el gusto de los oyentes debe ser la regla de los oradores. La elocuencia abundante y periólica, y las espresiones sábiamente empleadas de Ciceron, que se acomodaban tan fácilmente al elogio de un vencedor ó de un Rey, le fueron siempre necesarios ante el Senado y ante el Pueblo. Se hablaba á los romanos con respeto; la fiereza de su carácter habría acogido mal todo género de reconvenciones. Muy por el contrario, la austera severidad de Demóstenes imponía al génio inconstante y ligero de los atenienses: sus amargas censuras, sus predicciones siniestras fijaban al menos la atención de su auditorio, y su rápida brevedad satisfacía la inteligencia de aquella multitud, tan pronta para comprender como para cansarse de escuchar. En fin, Demóstenes en sus discursos políticos, dirigiéndose siempre al pueblo, más ilustrado en Atenas que en otras partes, pero pueblo sin embargo, debía buscar principalmente esa energía sencilla y natural que espresa las más grandes cosas con los términos más usuales. El buen sentido es su arma; pero este buen sentido es sublime, porque solo se ejerce en proyectos nobles y máximas generosas, y porque sabe dar al heroísmo la forma más simple y vulgar.—(*Biografía universal. Art. Demóstenes.*)

CH. DURAND.

DEMÓSTENES Y CICERON.

El mérito de ambos es inmenso, pero igual; sus derechos á nuestra admiracion son los mismos. Demóstenes

hablando en Roma ante un pueblo más grave y más atento, habría sido menos áspero y severo con su auditorio, y habría permitido á su génio más abundancia y fecundidad. Ciceron, dirigiéndose al pueblo griego, habría reducido sus pensamientos, disminuido sus periodos, suprimido lo que este pueblo inteligente comprendía sin que se lo digesen, y dejado percibir algunas veces los movimientos de impaciencia que escitaba la ligereza de aquella multitud inquieta y veleidosa. El uno en la tribuna de Atenas y el otro en el foro romano, habrían sido lo que debían ser; y puesto que conviene decirlo todo, se mostraron más dignos de sus pueblos que sus pueblos fueron dignos de ellos. Lo que llegaba á ser notable en Roma, se atraía en seguida las miradas del mundo entero: esto induce á excusar, en el orador romano, la sed de gloria que sentía, acaso muy inmoderada. La gloria lo era todo para Roma; y aquellos orgullosos ciudadanos cuyo imperio abrazaba el universo, apenas podían conocer otro patriotismo que un justo orgullo fundado en el honor y en la gloria del nombre romano. Cuando este deseo de reputacion, esta sed de inmortalidad se ligan estrechamente á los intereses de la pátria, el amor á la gloria es un sentimiento noble que se puede confesar altamente; y así era como lo entendía este salvador de la República, este padre inmortal de la pátria.

En Atenas, otras necesidades exigían los mismos sacrificios; pero no se trataba de hacer conquistas ni de adquirir gloria. No era para llevar el nombre griego á las estremidades del mundo, para lo que Demóstenes estimulaba al pueblo á tomar las armas. El suelo pátrio, el hogar doméstico, la familia y los derechos más santos de la libertad, era lo que amenazaban los conquistadores de la Grecia, y lo que era necesario defender legítimamente contra oliosos usurpadores. No nos asombremos, pues; si los mismos sentimientos inspiraban, á génios tan pareci-

dos, un lenguaje diferente, entonces que en una parte habia triunfos, poder y conquistas, y en la otra el temor de la servidumbre y la proximidad de la tiranía, sin más estímulo que algunos recuerdos heróicos. Ciceron y Demóstenes cumplieron igualmente su deber. El primero quizá amó más la gloria, y el segundo la pátria; pero ambos poseyeron el mismo talento y la misma virtud. ¡Oradores célebres! vuestra gloria que lleva tantos siglos de existencia, se aumenta á medida que pasan nuevos siglos; es la recompensa del génio que no solo quiso que le admirasen los hombres, sino que tambien se propuso servirlos, defenderlos, ilustrarlos. Muchas veces mi débil pensamiento medita sobre el poder de vuestra elocuencia, y no pudiendo encontrar en el génio del hombre fuerzas suficientes para esplicarlo, se detiene sorprendido y confuso; pero muy pronto, reflexionando en vuestras virtudes cívicas, y descorriendo el velo que ocultaba á mis miradas el interior de vuestras grandes almas, he descubierto en vuestra profunda sensibilidad esa fiebre, esas emociones ardientes que estallan como truenos, en invocacion de la gloria y de la pátria.—*Curso de elocuencia*, L. 2., Cap. 10.)

EL CARDENAL MAURY.

Aun no se ha resuelto por los críticos qué orador merece la preferencia entre Ciceron y Demóstenes: ambos ocupan un puesto más elevado que los demas, y algunos retóricos los colocan en la misma línea. Ciceron tiene una preeminencia incontestable sobre su rival en literatura y en filosofia. Pero no le ha quitado el cetro de la elocuen-

cia; él mismo lo considera como su maestro; lo alaba con todo el entusiasmo de una alta admiracion, y aun se ocupó en traducir sus obras; y si estas traducciones officiosas hubiesen llegado hasta nosotros, es probable que prestándole un servicio muy generoso, Ciceron se hubiese colocado para siempre en un lugar inferior á Demóstenes. La fuerza irresistible de su lógica, la arrebatadora impetuosidad de los movimientos oratorios, es lo que caracteriza la elocuencia del orador ateniense. Solo escribe para dar nervio, calor y vehemencia á sus pensamientos, que no son otra cosa que vuelos impetuosos de un alma ardiente; habla, no como un escritor elegante que quiere se le admire, sino como un hombre inspirado y lleno de pasiones en cuyo pecho se agita la verdad; como un ciudadano amenazado de la más grande de las desgracias, que no puede contener el fuego de su indignacion contra los enemigos de su pátria. La audácia de su estilo depende de la sencillez atrevida y pintoresca de sus espresiones. Su ascendiente es irresistible: todo cede al dominio de sus palabras y su lengua se enriquece con los tesoros inagotables de su entusiasmo y de su fantasia. Es el atleta de la razon; la defiende con todas sus fuerzas, y convierte en una liza la tribuna donde habla. Subyuga á la vez á sus oyentes, á sus adversarios y á sus jueces; parece que no procura enternecer, y sin embargo conmueve y se apodera de todos los corazones. Agobia á sus conciudadanos con el peso de sus reproches; pero entonces mismo no es otra cosa que el intérprete de los remordimientos que ellos sienten. Refuta los argumentos y no discute; hace una simple pregunta por toda respuesta, y la objecion desaparece para no volver á presentarse. Cuando quiere alzar á los atenienses contra Filipo, no es un orador el que habla; es un general, es un Rey, es el profeta de la historia, es el ángel tutelar de su pátria; y cuando desea sembrar en torno suyo el espanto que produce la esclavitud, se cree oír á lo

lejos, de distancia en distancia, el ruido de las cadenas que trae el tirano.—(*Ensayo sobre la elocuencia del púlpito.*)

EL CANCELLER D'AGUESSEAU.

En la primera edad de la elocuencia, vió otras veces la Grecia al más grande de los oradores, colocar los fundamentos del imperio de la palabra sobre el conocimiento del hombre y sobre los principios de la moral.

En vano la naturaleza, envidiosa de su gloria, le rehusó las facultades físicas, esa elocuencia muda, esa autoridad visible que sorprende el alma de los oyentes, y que concilia las voluntades y las simpatías antes que el orador haya merecido los sufragios: la sublimidad de su discurso no dejará al auditorio trasportado, tiempo ni atención para descubrir las faltas; quedarán oscurecidas por el brillo de sus virtudes; se sentirá la impetuosidad de su marcha sin atender á sus pasos; se le seguirá como á un águila en los aires, pero sin concebir cómo ha podido abandonar la tierra.

Censor severo de la conducta de su pueblo, será más popular que los que adulan las tendencias de la muchedumbre; se atreverá á presentar á la vista de esta la triste imagen de la virtud inflexible y penosa, llegando hasta conseguir que se prefiera lo justo y lo bueno, aunque difícil y frecuentemente de éxito desfavorable, al atractivo y á las dulzuras de una indigna prosperidad.

El poder del rey de Macedonia temerá la elocuencia del orador ateniense; el destino de la Grecia quedará suspenso entre Filipo y Demóstenes, y como este no puede

sobrevivir á la libertad de su patria, la libertad de su patria subsistirá hasta que baje con él á la tumba.

¿Cuál es el origen de los efectos sorprendentes de una elocuencia mas que humana? ¿Cuál es la causa de tantos prodigios, cuya simple referencia, despues de veinte siglos, despierta toda nuestra admiracion?

No son armas prepara las en la escuela de un declamador; los relámpagos y los rayos que hacen temblar á los reyes sobre su trono, se formán en una region más elevada. Del seno de la sabiduría tomó su política atrevida y generosa, su libertad intrépida y constante, su invencible amor á la patria; estudiando la moral había recibido de manos de la razon misma, el imperio absoluto y el poder soberano que ejercía sobre el alma de los oyentes. Fué necesario un Platon para formar un Demóstenes, á fin de que, el más grande de todos los oradores, rindiese el homenaje de su reputacion al más grande de los filósofos.—(*Discurso sobre el conocimiento del hombre.*)

TOURREIL.

Una energía que le es propia caracteriza á Demóstenes y lo coloca sobre todo rival. Sus discursos son un tejido de consejos, de consecuencias y de demostraciones formado por el sentido comun. Sus razonamientos, cuya fuerza vá siempre aumentando, se elevan rápida y gradualmente hasta el punto que le marca su designio. Combate á cara descubierta; estrecha y reduce al fin, hasta no poder retroceder. Pero el auditorio, en lugar de avergonzarse de su derrota se somete con gusto al imperio de la razon.

Isócrates, decia Filipo, *esgrime el florete; Demóstenes ataca con la espada*. En él se vé un hombre que no tiene más enemigos que los del Estado, ni más pasiones que el amor al órden y á la justicia; un hombre que no pretende deslumbrar, sino convencer; que no aspira á ser lisonjero y agradable, sino á ser útil á su pátria. No emplea ornamentos que no nazcan del asunto que le ocupa; no ofrece más flores que las que encuentra en su camino. Se podría decir que solo procura hacerse entender y que sin desig- nio de conseguirlo se hace admirar: no quiere decir esto que carezca de gracias; pero siempre tienen cierta austeridad y son compatibles con la buena fé y la franqueza que era la norma de su conducta. La verdad no se encuentra en él recargada, ni la afemina bajo pretesto de embellecerla; nada de ostentacion, nada de hablar de sí mismo; ni se mira ni hace nada porque los demás le miren. Se fija únicamente en su causa, y hácia ella llama toda la atencion del auditorio, y su causa es siempre el bien ó la salvacion de su pátria.—(*Prefacio á los discursos de Demóstenes y de Esquines.*)

ROLLIN.

¿Qué tienen estas arengas de extraordinario para que hayan merecido las alabanzas de todos los siglos? ¿Es Demóstenes un orador que procura únicamente agradar con la entonacion y la armonía de los periodos, ó que seduce el espíritu por medio de un estilo florido y de pensamientos brillantes? Una elocuencia de esta especie puede muy bien agradar y fascinar en el momento de escucharla; pero

la impresion que produce no puede ser muy duradera. Lo que se admira en Demóstenes es el plan, el desarrollo, la estructura del discurso; la fuerza de las pruebas; la solidez del razonamiento; la nobleza de los sentimientos y del estilo; la vivacidad de los giros y de las figuras; y en fin, un arte maravilloso para espresarse con claridad, y para presentar en toda su importancia las materias que trata. Lo que aun caracteriza más á Demóstenes, y en lo cual no ha tenido imitadores, es un olvido tan completo de sí mismo, una exactitud tan escrupulosa en no entretenerse en digresiones, un cuidado tan constante de que el auditorio se fije atentamente en la causa sin acordarse del orador, que jamás se le escapa un pensamiento, ni una frase, ni una sola palabra, que solo tenga por objeto complacer ó brillar. Esta medida y esta sobriedad en un ingenio tan fecundo como el de Demóstenes, y en materias tan susceptibles de gracias y atractivos, colman la medida de su mérito y le hacen superior á toda alabanza.—(*Tratado de la elocuencia del foro.*)

RAPIN.

Demóstenes descubre en cada razon que se presenta á su espíritu todo lo que hay en ello de real y de sólido, y tiene tambien el arte de esponerlo en toda su fuerza. Ciceron, además de lo sólido, que no se escapa á su vista, vé cuánto hay de agradable é interesante y corre tras ello sin estraviarse nunca. Así, pues, para distinguir por sus verdaderas diferencias el carácter de estos dos oradores, me parece que puede decirse que Demóstenes, por la impe-

tuosidad de su temperamento, por la fuerza de sus razones y por la vehemencia de su gesto y su ademán, arrebatava más que Ciceron, lo mismo que este por sus maneras afables y delicadas, por sus afectos dulces, conmovedores, apasionados, y por todas sus gracias naturales, agradaba y enternecía más que Demóstenes.

El griego se apoderaba del espíritu por la energía de su frase, y por el fuego y la violencia de su declamación: el romano se insinuaba en el corazón de los oyentes por medio de ciertos encantos y atractivos imperceptibles que le eran naturales, y que él realizaba con todo el artificio de que es capaz la elocuencia. El uno deslumbraba el espíritu con el brillo de sus luces, y producía una fuerte agitación en el alma después de haber dominado el entendimiento, y el genio insinuante del otro iba penetrando suave y apaciblemente hasta el fondo del corazón. Tenía el arte de poner en juego los intereses, las inclinaciones, las pasiones y las intenciones de todos los que les escuchaban.—(*Comparación entre Demóstenes y Ciceron.*)

FIN.

INDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.....	vii
Primera Filípica.....	1
Discurso por la libertad de los Rodios.....	15
Segunda Filípica ó primera Olintiana... ..	25
Tercera Filípica ó segunda Olintiana.....	34
Cuarta Filípica ó tercera Olintiana.....	45
Quinta Filípica ó discurso sobre la paz.....	53
Sesta Filípica.....	61
Octava Filípica ó discurso sobre el Quersoneso.....	71
Proceso de la Embajada.....	89
Discurso por la Corona.....	185
Elogio fúnebre de los guerreros atenienses muertos en Queronea.....	273
Segunda carta de Demóstenes, pidiendo el levantamiento de su destierro.....	286
Carta tercera escrita por Demóstenes desde su destierro, en defensa de los hijos del orador Licurgo...	292
Juicios de varios escritores antiguos y modernos, sobre Demóstenes y sus obras.....	303